

MARTÍNEZ GONZÁLEZ, J., *Arte de Violería en la Zaragoza del Renacimiento*, Zaragoza, Escuela de Violería, 2020, 238 pp., ISBN: 978-84-09-26418-6.

Esta publicación, subvencionada por el Ministerio de Cultura y Deporte del Gobierno de España y financiada por el Ayuntamiento de Zaragoza, así como por el *Creative Europe Programme* de la Unión Europea, incluye una presentación de Sara María Fernández Escuer, vicealcaldesa, consejera de Cultura y de Proyección Exterior del Ayuntamiento de Zaragoza, en la que llaman la atención dos aspectos relevantes. En primer lugar, que la Dirección de Patrimonio Cultural del Gobierno de Aragón ha declarado Bien de Interés Cultural el legado inmaterial de la violería aragonesa; y, en segundo lugar, pero no menos importante, la repercusión internacional de Zaragoza para los investigadores, por la gran magnitud de fuentes documentales relativas a la organología, en general, y a la violería, en particular.

Javier Martínez González (Guadalaviar, Teruel, 1959), doctor en Historia del Arte, es violero profesional, presidente de la Asociación Española de Luthiers y Arqueteros Profesionales, así como promotor, director y profesor de la Escuela de Violería de Zaragoza; Premio SIPA (Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón) 2017 y Premio Tenerife al Fomento y la Investigación de la Artesanía de España y América 2018.

En la introducción, el autor cita a diversos investigadores cuyos trabajos han contribuido al estudio de la historia y la construcción de instrumentos, destacando en el contexto aragonés las excelentes aportaciones del musicólogo Pedro Calahorra, miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis, fundador de la revista aragonesa de musicología *Nassarre* y de la Sección de Música Antigua, ambas pertenecientes a la Institución Fernando el Católico. La publicación, según manifiesta el autor, se basa en un resumen y actualización de algunos capítulos de su tesis doctoral *El Arte de los violeros españoles*, que bajo la dirección de las doctoras Esther Alegre (UNED) y Susana Sarfson (Universidad de Zaragoza), obtuvo Premio Extraordinario de Doctorado.

Quien transite por sus páginas se verá inmerso en el ámbito de la violería ibérica y su influencia en diversas zonas geográficas, bien por los viajes de los músicos a otras cortes europeas, bien por la actividad comercial generada con los propios instrumentos o por el traslado y establecimiento en el Nuevo Mundo de los artífices de los mismos. Este movimiento generó el intercambio de técnicas y peculiaridades constructivas. El autor de este libro señala dos vertientes desde la península: el flujo mediterráneo, llevado a cabo, principalmente, por la Corona de Aragón; y el flujo atlántico, propiciado por las corrientes culturales y comerciales de Castilla y Portugal con América.

Toda esta actividad desarrollada desde finales del siglo XIV hasta buena parte del XVI, se refleja en el dinamismo laboral de los violeros españoles para satisfacer la demanda dentro y fuera de la península. Sus importantes y reconocidas aportaciones quedan patentes en los documentos y en la iconografía de las manifestaciones artísticas —especialmente, pintura y escultura—, donde se aprecian formas y ornamentos característicos y singulares.

Es interesante conocer, a través del autor, el hallazgo de un documento del año 1474, conservado en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza, conteniendo, por primera vez, la voz «violero» para designar a un constructor de instrumentos de cuerda. Otras fuentes documentales corroboran que de la citada voz procede «violería» —actualmente sin entrada en el DRAE—, utilizada con dos acepciones: local o espacio donde trabajaban los violeros o arte u oficio practicado por ellos. Del mismo modo, otros testimonios —varios conservados en el Archivo de la Corona de Aragón— dan fe de los encargos de diversos instrumentos efectuados por reyes y nobles entre los siglos XV y XVI.

Transcurre el texto por otros aspectos históricos de la violería, propiamente corporativos, relativos a los gremios y las ordenanzas, en referencia a este oficio, que surgen en la mayor parte del territorio peninsular —siendo las más antiguas las ordenanzas de violeros de Sevilla del año 1502—, deteniéndose en la Zaragoza renacentista donde la convivencia de violeros musulmanes y cristianos y, posteriormente, de estos con moriscos y mudéjares dio lugar al registro del mayor número de artesanos de este gremio en Europa a comienzos del siglo XVI. Entre ellos, sobresale la saga familiar de los Moferriz que construyeron diversos instrumentos por encargo de los Reyes Católicos, la nobleza y el clero.

Los violeros, según sus ordenanzas, tras un período de aprendizaje debían superar una prueba para obtener su acreditación como maestros en la elaboración de instrumentos. Sus extensos conocimientos iban desde la morfología de las vihuelas y el trazado geométrico de sus planos constructivos pasando por el universo de los tipos de madera, hasta los barnices y las cuerdas.

El autor proporciona dos noticias a destacar observando uno de los retablos del pintor Blasco de Grañén —artista estudiado por María del Carmen Lacarra, catedrática de Historia del Arte Antiguo y Medieval de la Universidad de Zaragoza— que lleva por título *María, Reina de los Cielos* (1437-1439), realizado por encargo de la villa de Albalate del Arzobispo (Teruel) y que se puede contemplar en el Museo de Zaragoza. En esta obra aparece María con el Niño, como figura central, rodeada por ángeles músicos. Uno de ellos tiene entre sus manos un laúd, a través de cuya boca y adherida a su fondo se ha podido vislumbrar —mediante el empleo de tecnología actual— la representación de una etiqueta con grafía del siglo XV que, como es característico de los instrumentos de cuerda, podría indicar el nombre del constructor y la ciudad, si bien en esta ocasión no ha sido posible la identificación de lo escrito. Este detalle, según Javier Martínez, es una singularidad en la Historia del Arte.

Pero no deja de sorprender este retablo no sólo por su extraordinaria belleza, sino por la información organológica que aporta al hallarse en él otro ángel tocando una vihuela de arco con pronunciadas escotaduras laterales —que nos acercan a la morfología de los actuales instrumentos de arco—, siendo —nos dice el autor— el ejemplar más antiguo de estas características conocido en Europa, hasta el momento.

Multitud de aspectos en relación a las vihuelas tales como proporciones, medidas, geometrías diversas, comparativas entre instrumentos —vihuela *Guadalupe* y *Chambure*—, arquitectura exterior e interior, entre otros, son abordados por el

autor de esta publicación que incluye una interesante aportación lexicográfica de términos de violería y profusión de imágenes detalladas de obras de arte con iconografía musical.

Sorprende gratamente el poético título, *La piel de las vihuelas*, elegido por el autor para el apartado que versa sobre los diversos tipos de maderas utilizadas en la factura de los instrumentos y sus ornamentos de marquetería, taracea y lazos. Acertado epígrafe, considerando que la madera, elemento vivo y en constante transformación, constituye la carne y la piel de las vihuelas que abandonan el estado de los cuerpos inertes para transmutarse en seres provistos de dermis, órgano sensible al tacto que posee la facultad de comunicarse con el entorno.

Este interesante libro es una muestra de la extensa investigación realizada por el doctor Martínez que aporta, en el transcurso del texto, numerosos datos relevantes sobre el apasionante ámbito de la luthería y su confluencia con la iconografía musical en las manifestaciones artísticas, dejando al lector expectante hasta sus próximas publicaciones.

ANA CARPINTERO FERNÁNDEZ
Universidad de Zaragoza

FERNÁNDEZ MATEOS, R., *El escultor Gregorio Español (1554-1631) y los seguidores de Gaspar Becerra en la antigua diócesis de Astorga*, León, Universidad de León, 2024, 398 pp. con prólogo de Luis Vasallo Toranzo, ISBN: 978-84-19682-72-7.

La atención dispensada en los últimos años al estudio de los cambios introducidos en la escultura española a raíz del retorno de Gaspar Becerra (1520-1568) desde Roma, al que siguió en poco tiempo el encargo del gran retablo mayor (1558-1562) de la catedral de la Asunción de Astorga (León), ha propiciado un verdadero aluvión de trabajos en torno al fenómeno artístico que conocemos como «romanismo», caracterizado por la adopción de los modelos figurativos de grandes maestros activos en la Ciudad Eterna como Miguel Ángel Buonarroti y Daniele da Volterra conjugados con los presupuestos de la arquitectura de Jacopo Barozzi da Vignola —incluso antes de la *editio princeps* de su tratado en 1562— y el propio Miguel Ángel para dar forma a una propuesta de retablo original y que constituiría una alternativa a la desarrollada apenas unos años después en el entorno de la Corte para el monasterio jerónimo de San Lorenzo el Real de El Escorial, cuyo retablo mayor, de marcado acento vitruviano, trazaría en 1579 el aposentador real Juan de Herrera.

La publicación en fecha reciente del libro que Manuel Arias Martínez ha dedicado a Becerra (*Gaspar Becerra en España. Entre la pintura y la escultura*, Astorga, Centro de Estudios Astorganos Marcelo Macías, 2020) ha permitido recapitular —y ampliar de manera considerable— nuestros conocimientos sobre este notable episodio creativo, subrayando una vez más el papel que el taller astorgano de Becerra, en el que coincidieron escultores de tanta proyección como los